

La importancia de aprender idioma Inglés

Por Gustavo Corvalán

Esta parte de mi vida pertenece ya a tiempos antediluvianos.

Por principios del año 1974 mi madre, por decisión democrática, votaba ella sola, dispuso que yo, Gustavo, único hijo (no había otro/a que de quien ocuparse, mi padre ya era adulto) estudiara Inglés. Según su saber y entender el idioma inglés iba a dominar el mundo en el futuro. Y como yo debía pertenecer al mundo, ergo debía saber inglés. Mientras tanto, yo me imaginaba un mundo dominado por el idioma español. Tenía la visión de los Estados Unidos hablando en español y luego se extendería por el mundo entero.

Mi madre, Grecia, se las presento, eligió el Instituto Cultural, o sea “la Cultural” para que yo me adentrara en el mundo anglo parlante. Tres veces por semana, alrededor de las cuatro de la tarde, con diez años, me tomaba el colectivo 13, que paraba a dos cuadras de mi casa, en Juan B. Justo y Cobos, rumbo al centro. Me bajaba en la calle Gutierrez, frente a la plaza San Martín. Cruzaba la plaza hasta la calle Necochea y de allí derecho hasta la Cultural. Me entretenía mucho el camino, sobre todo cuando pasaba frente a un concesionario de Chevrolet, donde se veía casi siempre y reluciente un Chevy SS Coupé (Todavía no renunció al sueño de tener uno). De vuelta mismo recorrido, mismo micro y de regreso a casa.

Tres años de esa rutina. Qué aprendí en esos tres años en la Cultural? a saludar en inglés, a jugar a la mosca y las terribles consecuencias de apoyar la pierna que uno debía tener levantada, y lo doloroso que era la “paralítica” (un golpe con la rodilla en el costado del muslo).

Con ese bagaje de conocimientos terminé mi paso por la Cultural en un acto disfrazado de árabe cantando con mis compañeros una canción que abogaba por la paz en el mundo. Visto lo acontecido a nivel mundial con el correr de los años nuestra canción no tuvo el resultado esperado.

Comenzaba 1977, mi séptimo grado y Grecia me tenía una nueva sorpresa. Iba a continuar mis estudios de inglés en el Colegio de Lenguas Extranjeras. Una hora diaria todos los días (valga la redundancia) de lunes a viernes. Imaginen mi felicidad. Iba a seguir estudiando inglés y el mundo no se decidía a cambiar al español como idioma universal.

Esta vez había cambiado la línea de colectivos, ahora era el 10, la parada estaba frente a mi casa y me bajaba, tras un corto viaje, en la calle Peltier entre 9 de Julio y Avenida España. De allí caminando hasta la Escuela Martín Zapata, donde se

cursaba. De vuelta camino similar, charlando con nuevos amigos, todos más grandes que yo, hasta la parada de la Municipalidad de la Capital y retorno a casa.

Como corresponde a un estudiante de mis características repetí primer año. El 23 de noviembre de 1977, luego del violento terremoto matutino, tuve que confesar que ese día no podía ir a rendir el examen final porque había desaprobado los parciales. Las réplicas del terremoto, se los aseguro, las sentí sobre mí.

He aquí un punto de inflexión estimados lectores. Darse por vencido o seguir adelante. Por supuesto Grecia siguió adelante y en 1978, contra mi voluntad, comencé nuevamente mi tránsito por el Colegio de Lenguas. Ahora en la sede del Colegio Universitario Central.

De mi paso por el Colegio de Lenguas tengo dos historias que dejaron alguna huella.

La primera de ella, cuando cursaba tercer año, año 1980, me hice de un grupo de compañeros, Francisco G., Nora G., un tercero que no recuerdo el nombre, y yo.

A decir verdad Nora era una mujer muy linda, muy simpática, me daba algo de bola, es decir la combinación adecuada para el enamoramiento. Siempre charlabamos cuando salíamos de clase y tomábamos el mismo micro de vuelta.

Casi exploto de emoción cuando me dio la tarjeta de invitación para su cumpleaños de 15. En aquellos años los cumpleaños de 15 se hacían en las casas, sin la parafernalia actual, con abundante comida, y baile. Me puse mi mejor traje (es decir el único que tenía, aparte del uniforme escolar) y partí a mi cita con el cumpleaños de 15, con Nora G., e iba con la decisión tomada de declararle mi amor.

Estaban todas las condiciones dadas, nada podía fallar. Salvo que Francisco G. y mi tercer anónimo compañero también habían sido invitados.

No iba preparado para enfrentar a la competencia sobre el terreno. Mi olvidado compañero me dijo, mientras Nora G. bailaba con Francisco G., que no tenía esperanzas. Francisco ya había avanzado y era el ganador de esa disputa.

Golpe atroz, que traté de restarle importancia lo mejor que pude. Como corresponde a un caballero comencé un alejamiento gradual, finalizó el año, el cual a pesar de mi desazón amorosa, aprobé. El año siguiente los cambios de curso y de horario hicieron lo suyo para que no nos viéramos más.

La siguiente historia pasó en 1982. Llegué, no sin sudar a mares, a quinto año del Zapata. Y con no poco esfuerzo al quinto año del Colegio de Lenguas.

Los recorridos de los colectivos no habían cambiado. Primer día de clases, en Cobos y Eusebio Blanco me subo al micro y me siento en uno de los asientos de fila de uno. Parada siguiente, Cobos y J. B. Justo. Allí sube una chica hermosa, pero hermosa con M de muy. Piel muy blanca, ojos verdes, pelo negro y lacio que llegaba hasta la cintura y además vestía con una elegancia impactante.

Pasó por mi lado y se sentó en el último asiento, esa fila de 5, al final del colectivo. El azar, o más bien la señora que armaba los listados nos puso juntos en el mismo curso con Miss Ivonne Nouzeilles.

Segundo día de clases. Igual rutina para salir de casa, mismo colectivo. Y sube la bella damisela, yo sentado en el asiento individual, la miré cuando pasó a mi lado y recibí un “Hola”, un tanto frío para mi gusto. Y se sentó en el último asiento. Pero lo importante era que me tenía registrado.

Tercer día. Misma rutina. Pero yo, en un destello de genialidad producto de horas de pensamiento, cambié mi lugar en el micro y me senté en un asiento de dos (el micro iba casi vacío siempre). Sube la bella y anónima dama, nuevamente un frío “Hola” y se sentó en el último asiento.

Tercer día, y también producto de horas de pensar estrategias decidí que tenía que sentarme en el último asiento, al menos para entablar una charla.

Algo importante, que no debe ser dejado de lado en esta historia, es que Miss Ivonne nos daba la tarea diaria de preparar un relato corto y que debíamos decir a modo de lección oral.

Volvemos al tercer día. Con valentía y miedo, (la valentía sucumbió rápidamente frente al miedo), me senté en el último asiento. Los escasos treinta segundos que llevaba al micro recorrer las dos cuadras hasta la parada donde subía la hermosa mujer fueron eternos.

Subió la hermosa y bella dama al colectivo, con paso decidido avanzó hasta el último asiento y aunque parezca mentira, se sentó a mi lado. Una enorme sonrisa dijo: “Hola, preparaste el relato?. Su nombre: Alejandra. Y así empezamos una muy linda amistad.

Pero lo que fue inesperado, es que yo a diario, llegaba charlando con Alejandra hasta la puerta del CUC. Yo un perfecto desconocido hablando con la más bella chica del CUC. En el Zapata se corrió la voz de que yo llegaba todos los días con Alejandra al Colegio de Lenguas. Mis acciones (tema complicado en Contabilidad) ya cotizaban en Wall Street. Era objeto de miradas de aprobación y admiración. Luego se supo, (cosa que yo también sabía) que Alejandra salía con un “cuquero”. Mis acciones cayeron en forma brutal, ya no podía cotizar ni en la Bolsa de Valores de Somalía. Valían menos que el peso Ley 18.188.

Lamento decepcionar al lector y/o a la lectora. Si esperaban un historia de amor, con todos los ingredientes de telenovela turca, esta vez no fue así. Simplemente una muy sana y linda amistad.

Perdón me he distraído del objetivo del este texto que es sobre la importancia del idioma Inglés. El año académico de 1982 tuvo alguna que otras dificultades. Me llevé algunas materias en el Zapata. Es más fácil contar las que no aprobé: Inglés,

Mecanografía, Educación Física y Literatura. Lo demás, aproveché la oferta y me llevé todo. Aparte unas pocas amonestaciones para adornar la torta. Un fin de año pleno de alegría en el hogar.

El año escolar en el Zapata también se reflejó en el Colegio de Lenguas que aprobé con un lastimoso cuatro (no había nota más baja para aprobar). Grecia había ganado la batalla. Yo tenía un diploma, bastante pobre en calificaciones, que daba constancia de “sabedor” de Inglés.

Qué me quedó del Colegio de Lenguas? Ahí va.

Where is the cat?

- The cat is under the table

What's colour is the cat?

- The cat is under de table